

CAPITULO III

Dáse razon de otros cuatro religiosos de esta provincia que murieron á manos de los indios.

De los religiosos que el M. R. P. provincial del santo Evangelio envió al nuevo prelado Fr. Pedro de Espinareda, determinó este, celoso de la conversion de los gentiles, enviar otros dos religiosos, cuyos nombres tambien se ignoran por las referidas razones, al valle que hoy se llama de Topia: era el uno sacerdote anciano, y el otro mozo robusto, y sabiendo que iban como corderos entre lobos, se dispusieron para la jornada con ejercicios de mortificacion, ayunos, disciplinas, resignándose humildes en la obediencia, para salir victoriosos de cualquiera tribulacion que se les ofreciera, que con la sangre vertida del venerable Fr. Bernardo, no dudaban les pondrian los indios lances en que seguir sus pisadas. Llegaron á Topia á pié y descalzos por lo fragoso de la Sierra, sin mas compañía que á Cristo crucificado, á quien predicaban en cuantas rancherías hallaron por los caminos. Recibiéronlos los indios con mucha benevolencia, y para obsequiarlos en lo posible, les ofrecieron de sus viandas rústicas, conseguidas con la flecha, y aunque no tenian mas condimento que el que les dió el fuego, como eran graciosamente ofrecidas, y la necesidad que los religiosos llevaban era mucha, les pareció el regalo maravilloso.

Dieron los benditos religiosos gracias á la Magestad Divina

del cariño y benevolencia con que los bárbaros los habian recibido, pues á la manera que para refrigerio de los Israelitas habia ordenado diese un pedernal copiosas aguas, así para alivio de estos dos Israelitas franciscanos, dispuso su Providencia que en el desierto de Topia, los corazones de los bárbaros, mas duros que pedernales, se ablandaran á ofrecerles el alimento, aunque rústico, necesario para su sustento: con tan buenos principios, vivian alegres los religiosos, ocupados en catequizarlos é instruirlos en las cosas necesarias, para que bañados con las saludables aguas del bautismo, se enumerasen en el feliz rebaño de la Iglesia. Hiciéronles edificar una pequeña iglesia con sus celdillas al contorno, para que no solo tuvieran donde con decencia celebrar los divinos officios, sino tambien donde abrigarse los religiosos de la intemperie de los tiempos: tan felizmente corria la conversion de los gentiles de aquella tierra, que al año ya estaban alistados mas de catorce mil en las banderas de la Iglesia. El consuelo que tendrian estos santos padres con tan copiosa cosecha, solo podrá espresarlo el que hubiere sentido las dulzuras que causa en un corazon celoso el logro de que las criaturas sirvan y no ofendan al Divino Esposo, que como el verdadero amor no sosiega hasta unirse con el objeto amado, solicitando en todos lo mismo, entonces se contemplará dichoso cuando ha conseguido sus fervorosos deseos.

En este estado se hallaban estos apostólicos varones, gozando el fruto de sus afanes, cuando tuvieron noticia que pocas leguas adelante, en lo interior de la Sierra, habia una numerosa ranchería, que apartada de los demas indios, se ocupaba en dar al demonio abominables adoraciones, y deseosos de destruir en aquella Sierra del todo el imperio del infernal enemigo, determinaron ir á ver si podian remediar aquellas infelices almas, sacándolas con su predicacion de su tirano dominio, resueltos á dar sus vidas por Dios en esta empresa, si fuese necesario. Llegaron á donde estaban arranchados innumerables bárbaros, y los hallaron ocupados en irreverentes adoraciones á diversos ídolos, mal formados de brutas piedras y toscos maderos, y enardecidos con un celo de Finees, cada religioso se encaminó á las mal formadas aras, dando en tierra con los in-

fames simulacros, pisándolos como á retratos del demonio, y despues de haber hecho un grande estrago en las abominables figuras, comenzaron á afearles la indigna adoracion que daban al padre de la mentira. Predicáronles la ley evangélica, detestándoles el engaño que seguian, y les noticiaron el verdadero Dios á quien debian adorar, en el idioma de Topia, que entendian bien los religiosos y los bárbaros.

Con tan repentino suceso quedaron los bárbaros suspensos y admirados de ver tanta resolucion en dos hombres desarmados, y sin hablar palabra alguna, se miraban unos á otros á la cara como atónitos y confusos. En esta forma estuvieron los religiosos mas de tres horas predicando, y los bárbaros suspensos oyendo atónitos lo que les decian, hasta que un indio anciano, de los que son tenidos entre ellos por oráculos, empezó á decir á los compañeros, que cómo tenían paciencia para ver sus dioses ultrajados, sus aras desechas y perdido el respeto á sus deidades bienhechoras? Que si no vengaban tanta injuria, esperasen ciertamente el castigo de sus dioses. Apenas acabó el razonamiento el indio, cuando comenzaron á disparar flechas contra los pobres religiosos, quitándoles las vidas con su acostumbrada tiranía: no contentos con esto, hicieron el cuerpo del venerable anciano pedazos, y el del religioso jóven, que aun no habia espirado, le fueron destrozando poco á poco, y medio asando sus divididas carnes las comian á su vista, hasta que en este cruel martirio perdió la vida, y con su pérdida consiguieron uno y otro lo que tanto deseaban, que era manifestar al mundo que reinaba en sus corazones la caridad mas perfecta, que consiste en dar por el amado la vida: sacrificaron los bárbaros á sus ídolos los corazones de estos benditos religiosos, y sus entrañas, en señal del triunfo que habian conseguido. Los indios cristianos, que en el valle de Topia esperaban á los religiosos, y no sabian la resolucion con que habian salido, fueron á la vecina ranchería, donde hallaron el espectáculo lastimoso de los despedazados cuerpos de los religiosos, y sentidos de tan bárbara atrocidad, y celosos de la ley de Dios, embistieron con los crueles tiranos, que medrosos con su mismo delito, acabaron los mas de ellos infelizmente á manos de los católicos indios, quienes dieron noticia de la feliz muerte de estos apos-

tólicos ministros, que sucedió el año de 1562: enterráronse en Topia en nuestro convento.

Pocos años despues tuvo la misma muerte otro apóstolico varon de esta provincia, que caminando al pueblo que hoy se llama del Saltillo, y entonces era una turba de gentilidad muy crecida, encontró en el camino muchos bárbaros descaminados en un parage que llaman la punta de Santa Elena, y lastimado y condolido de los errores en que vivian se llegó á ellos, y en idioma guachichile, que era el de los bárbaros y entendia el religioso, comenzó á predicarles la divina palabra y esplicarles los misterios de la fé, convidándolos con las dulces y saludables aguas de la evangélica ley, afeándoles la torpeza de su irracional modo de vivir, la falsedad de sus ídolos y los castigos que les esperaban en los abismos si no desistían de su idolatría, y de los caminos á que los conducia su mayor desgracia. Viéndose los indios reprendidos y sus ceremonias despreciadas, se revistieron de furor diabólico, y tirándole muchas flechas le quitaron tiránicamente la vida, que la empleó hasta el último aliento en predicar á los bárbaros, muriendo como el cisne, entre las dulzuras de sus voces, logrando una inmarcesible corona por muerte tan apostólica.

Lo mismo sucedió á unos pobres indios cristianos que llevaba en su compañía, que á todos les quitaron las vidas sin perdonar ninguno, sin mas motivo que no ser de su perversa compañía. Súpose la muerte de este bendito religioso por haberla descubierto uno de los bárbaros que la ejecutaron, estando para ajusticiarle; y enterados los padres del sitio en que sus huesos estaban, los encontraron despues de algunos meses tirados en el campo, que conocieron ser del religioso, por el cerquillo que aun se conservaba en el casco; trasladáronse al Saltillo, donde se les hizo eclesiástico y decente entierro en nuestro recién fundado convento, mucho antes que vinieran á él los tlascaltecos: fué su muerte año de 1568; no se sabe su nombre por lo que queda dicho.

En el arroyo que llaman del Fraile, cuatro leguas de Colotlan, murió el año de 1582 el P. Fr. Luis de Villalobos, que tomó el hábito en nuestro convento de Zacatecas: salió este bendito varon para la sierra de Colotlan, evangelizando la Divina

palabra con deseos fervorosos de la conversion de los infieles. Llegó á un arroyo adelante de Guajúcar, y encontrando innumerables bárbaros comenzó resueltamente á predicarles la ley de Jesucristo, y afearlos la abominable idolatría con que reverenciaban á sus deidades falsas: los bárbaros que oyeron despreciar á sus dioses, enarcaron sus flechas, y disparándolas le quitaron bárbaramente la vida, sin que cesaran mientras duró al bendito padre, afeándoles sus errores, y persuadiéndoles abrazasen sus evangélicos consejos. Dejaron su cuerpo tirado en el campo, y habiendo tenido nuestros religiosos noticia de la dichosa muerte de su hermano, fueron á recoger su cadáver, que al cabo de ocho dias estaba flexible y oloroso; tragéronle á Zacatecas, y en nuestro convento se le dió sepulcro en el entierro comun de los religiosos, con admiracion de los vecinos, que veian en lo fragante que se habia conservado mas de ocho dias aquel cuerpo difunto, parte de la accidental gloria que Dios promete por boca de David á sus santos.

CAPITULO IV.

Refiérense las dichosas muertes de los padres Fr. Agustin Rodriguez, Fr. Francisco Lopez y Fr. Juan de Santa Maria.

Los trabajosos afanes de los varones apostólicos son los medios que conducen á una remuneracion gloriosa, trocando por momentáneos trabajos las felicidades eternas, que siendo fin de una vida penosa son principio de eterna vida. Las penalida-

des y trabajos en que puso á estos venerables religiosos el celo de la honra de Dios y gloria del Crucificado, fueron mineral fecundo que les contribuyó el material para una incorruptible corona. En los antecedentes capítulos quedan referidas las dichosas muertes de los primeros héroes que en esta provincia rubricaron las verdades de nuestra evangélica ley con la púrpura de su sangre y sus gloriosas circunstancias: y noticiados estos varones ilustres de todo lo referido, quisieron acompañarlos en el empleo, que siempre la Divina Providencia para que la tibieza humana se anime á pedecer, publica los premios que tiene prevenidos á los que le siguen, para que ansiosos de glorias aspiren á gloriosas empresas: así sucedió á los tres religiosos que iré refiriendo en este capítulo.

Fué Fr. Agustin Rodriguez, natural del condado de Niebla en Andalucía; tomó el hábito en la provincia del Santo Evangelio, donde dió evidentes pruebas de sus religiosas prendas, venerándole todos como á oráculo religioso: en el convento de México sirvió á sus hermanos en el humilde oficio de lego muchos años, con singular ejemplo de todos, que veneraban su persona, pues hallaban en su cariño cabal alivio á sus necesidades, así enfermos como sanos. En la observancia de su regla fué puntualísimo, sin que jamas se le conociese otra alhaja de su uso que un solo remendado hábito, un manto, unos paños menores de lanilla y un devoto Crucifijo que cargaba en los caminos: fué tan penitente y austero, que parecian raices de árboles sus carnes, marchitadas al rigor de crueles disciplinas, que indispensablemente hacia todos los dias con ramales de cadenillas de acero, trayendo todo el tiempo que le duró la vida una solapa de malla, que á trechos le sobresalian algunas puntas para mayor mortificacion de sus carnes atenuadas: en la oracion fué tan constante que á lo menos gastaba cada dia tres horas, y como su pensamiento le traia siempre Cristo crucificado, eran tantas las lágrimas y sollozos en que prorumpia á veces, que tenia á todos admirados su afluencia.

Siendo viejo tuvo noticia de las muertes que los bárbaros daban á los hijos de la nueva custodia de Zacatecas, por quererlos reducir á las verdades de la fé católica, y deseoso de conseguir la palma del martirio como sus hermanos, y ansioso de la

salvacion de las almas á que le impelia su ardiente espíritu, pidió licencia á los prelados para que le mudasen á la custodia de Zacatecas, y conociendo su espíritu se la concedieron gustosísimos. Muchos dias anduvo peregrinando por las asperezas de esta provincia, exhortando á los bárbaros á que abjurando del gentilismo siguiesen el verdadero camino del Evangelio, y movidos de superior impulso, le recibian todos muy contentos, mirándole como á ángel de paz, que les enviaba Dios para que saliesen de la oscura noche de sus errores: por este medio facilitó la conversion de muchos, que de atroces lobos los redujo al aprisco de la Iglesia mansos corderos: así caminó este bendito religioso, evangelizando en las partes mas ásperas y retiradas de esta provincia, hasta que llegó al convento del valle de San Bartolomé, donde hizo pausa algunos dias de sus apostólicas correrías, previniéndose para mas trabajos con nuevos penales ejercicios.

Estando este venerable religioso de morador en el valle de San Bartolomé, ocupado en la enseñanza de la doctrina cristiana á los indios recién convertidos, le noticiaron como muchas leguas adelante habia muchas poblaciones copiosas de gentiles, al cual parage por lo numeroso del gentío le puso este religioso padre el Nuevo-México cuando entró la primera vez á convertirlos. Alegróse el P. Fr. Agustin con esta noticia, deseoso de la conversion de nuevas gentes: con licencia del custodio entró la tierra adentro, llevando el rumbo fijo entre el Poniente y el Norte. Los trabajos que padeció en tan solitarios y dilatados caminos fueron muchos, pero todos se le hacian suaves y llevaderos con la Divina gracia que le esforzaba á ellos. Caminó como doscientas leguas, y habiendo llegado á lo que hoy es el paso del rio del Norte, vió la multitud de mies que le habian informado, en la turba copiosa de indios que estaban poblados en las orillas del rio; tuvo asimismo noticia de otras muchas gentes que habitaban mas adentro, y certificado con la vista de la copiosa mies, conociendo por el cariño con que le trataron, solicitando que se quedase en su compañía, lo dispuesto de sus corazones para que en ellos hiciese copioso fruto la semilla de la palabra divina, salió á fuera, y con licencia del custodio vino á México á informar al señor virey de las tierras y poblacio-

nes que habia descubierto, y al prelado provincial le pidió ministros para el cultivo de aquellos bárbaros.

Concedióle el prelado dos religiosos sacerdotes para que le acompañasen á la conversion de aquella nueva gente: llamábase el uno Fr. Francisco Lopez, hijo de padres nobles de Sevilla, que habia tomado el hábito en la ciudad de Jerez, y venido en mision á la provincia del Santo Evangelio: el otro era Fr. Juan de Santa María, catalán de nacion, que habia tomado el hábito en el convento de México, ambos religiosos virtuosísimos, muy ajustados á su apostólico instituto y que acababan sus estudios: estos dos benditos padres se ofrecieron voluntariamente á acompañarle para empresa tan santa en camino tan dilatado: así mismo se ofrecieron á acompañarlos diez soldados, con la mira de enriquecer en los nuevos poblados y tierras que habia descubierto el religioso. Caminaron doscientas y cincuenta leguas, y habiendo llegado al valle de San Bartolomé se arrepintieron los soldados, y como aun no veian el tesoro que soñaban y les restaba que andar poco menos, se volvieron á México, y dejaron en el valle á los tres referidos religiosos, que esforzándose recíprocamente determinaron continuar su viage hasta conseguir su intento santo.

Prosiguieron los tres benditos religiosos su viage predicando á cuantos gentiles encontraban en aquellas vastas soledades, padeciendo soles, frios, hambres y sedes por amor de Jesucristo: de esta suerte caminaron ciento cincuenta leguas, hasta un rio ó copioso manantial de agua que hoy se llama Santa María de las Carretas, donde ha tenido mision esta provincia; aquí hallaron multitud de infieles congregados, y antes de pasar adelante determinaron reducirlos al gremio de nuestra santa madre Iglesia, que lo ejecutaban gustosos, aplicándose voluntariamente á aprender lo necesario para recibir el santo bautismo. Muchos fueron los que convirtieron aquellos benditos religiosos en poco tiempo, y como se veian solos y sin tener quien diese noticia al prelado de la custodia de la multitud de almas que cada dia se convertian, y que de adentro, en lo que ahora es el Nuevo-México, pedian los gentiles operarios, se ofreció salir á buscar nuevos obreros Fr. Juan de Santa María, mozo robusto y de voluntad dispuesta á padecer cualquier trabajo por Jesu-

cristó: era Fr. Juan inclinado à la astrología, y fundado en esta ciencia tomó distinto rumbo del primer camino, con ánimo de descubrir de paso otros gentiles; pero aun no habia caminado tres jornadas cuando recostado al pié de un árbol para tomar algun alivio con el sueño, llegaron unos bárbaros, y echándole una losa grande en la cabeza, despertó en la otra vida á percibir el premio de la bienaventuranza, que esperaba, como se puede creer piadosamente de su fervoroso celo y de lo ajustado que vivió siempre á las obligaciones de su instituto.

Ocupados en la administracion y enseñanza de la doctrina cristiana, estaban Fr. Francisco Lopez, y Fr. Agustin Rodriguez en el sitio de las Carretas, donde entonces estaban poblados aquellos indios y aprendiendo su idioma para con mas facilidad instruirlos. En esta ocasion llegaron unos indios de otra nacion, y comenzaron á pelear con los recién convertidos, como con enemigos declarados; sin duda que instados del demonio por el buen acogimiento que habian hecho á los religiosos, ó porque habian desamparado su partido. Salió Fr. Francisco Lopez á predicarles con ardiente celo de la salvacion de sus almas, y disuadiéndolos de sus bárbaras costumbres, les propuso las dulzuras de la ley de Jesucristo, reprendiéndoles su bárbaro enojo, mostrándoles que aquellos indios, sus hijos, habian cumplido con su obligacion, en haber desamparado el gentilismo: oyeron los bárbaros sus razones, y encendidos en diabólica furia, quitaron la vida al bendito religioso, privando á aquellas nuevas gentes de esos dos santos religiosos, que por su edad moderada y robustez podian haber cogido mucho fruto en aquella nueva viña.

Viéndose solo el padre Fr. Agustin Rodriguez, azorado con la sangre que habian derramado los bárbaros, de sus compañeros, sin que el peligro de la muerte le acobardase, comenzó de nuevo á reprenderles su bárbaro delito, afeándoles su enorme culpa en haber quitado la vida á unos inocentes; persuadióles eficazmente que depusiesen sus errores y abrazasen con amor nuestras sagradas leyes, las que mandaban que les perdonasen el agravio ejecutado en los difuntos religiosos, que como ellos se enmendasen y viviesen pacíficos, se olvidarian los agravios é insultos cometidos. No quisieron los bárbaros atender á sus

dulces voces, y como el malo se reviste de ira, cuando se ve reprimir del bueno, le mataron cruelmente con todos los indios cristianos, que desde tierra à fuera les habian acompañado, para que no quedase testigo de las atroces muertes que dieron à los religiosos.

No se supo esta desgracia hasta que noticioso el virey de la entrada de los religiosos en aquellas dilatadas tierras y retirados paises sin escolta alguna de soldados, envió à Antonio de Espejo con suficiente número de gente y dos religiosos nuestros, sacerdotes, para que buscase á los padres y registrase por el rey aquellas tierras: luego que llegó tuvo noticia de las muertes de los religiosos, y habiendo hallado sus huesos por industria de un indio recién convertido, muy amado de los padres, los remitió á nuestro convento del Valle, donde los sepultaron con decencia. Enojado el capitán Espejo de la tiranía con que habian muerto á los religiosos, procuró bajarlos de paz con cariño; y viendo que se resistian osados, les hizo tan cruda guerra, que matando muchos millares de bárbaros, pagaron bien el gravísimo delito que habian cometido, y como con la mortandad de unos y fuga de otros á la Sierra quedase el sitio de Santa María de las Carretas despoblado, pasó con su campo al rio del Norte, y viendo la multitud de gente que habitaba en sus riberas, confirmó el nombre de Nuevo-México que le habia puesto Fr. Agustin Rodriguez, cuando cuatro años antes habia entrado solo hasta aquel sitio desde el valle de San Bartolomé.

